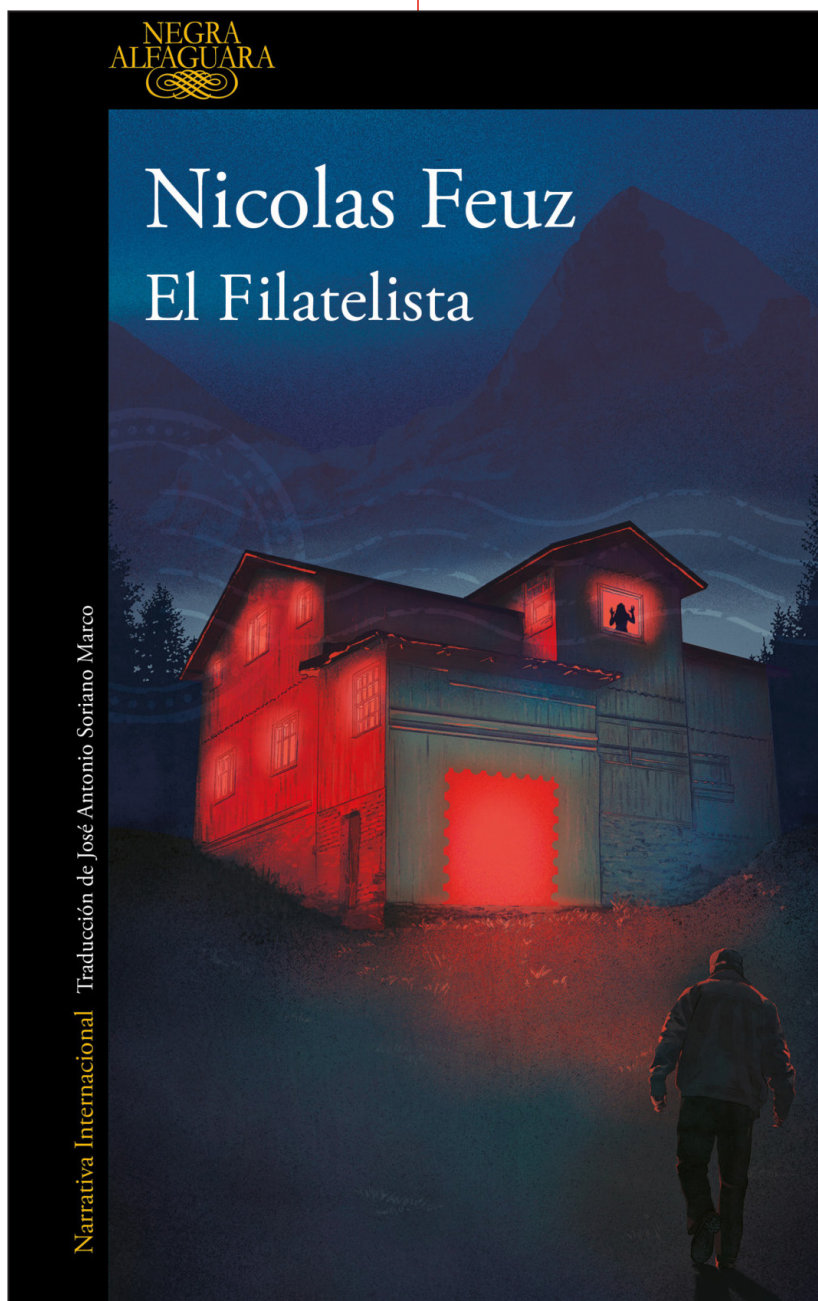




Guía de lectura



Penguin Club de lectura

SINOPSIS

Al acercarse la Navidad, una ola de terror recorre Suiza. Un asesino organiza una macabra búsqueda del tesoro enviando por todo el país unos paquetes que gotean sangre. ¿Su firma? Sellos de piel humana. Los medios de comunicación apodan inmediatamente al artífice del horror «el Filatelista». Ana Bartomeu, inspectora de la Policía Judicial de Ginebra, divorciada y con una grave depresión, es la encargada de solucionar el caso junto con un improvisado

colega con problemas de alcoholismo. Al mismo tiempo, una pareja es torturada y asesinada en una cueva en algún punto desconocido de Suiza por un hombre que se hace llamar Sam. La investigación llevará a Ana desde los elegantes barrios de Ginebra hasta las calles de Onex, una pequeña localidad de los bosques del Jura envuelta desde hace veinte años en el misterio por unos terribles acontecimientos que nadie parece recordar.

CLAVES DE LA NOVELA

Cuando se piensa en el thriller suizo, el primer nombre que viene a la cabeza es sin duda el de Joël Dicker, quien desde *La verdad sobre el caso Harry Quebert* ha contado cada uno de sus libros por *bestsellers* en España. La situación, sin embargo, va a cambiar con la publicación de *El Filatelista*, carta de presentación en nuestro país de Nicolas Feuz, otro fenómeno del género llegado de las mismas latitudes. Se da la circunstancia que fue el propio Dicker quien fichó la novela para el sello que dirige, Rosie&Wolf, fruto de su larga admiración por el autor, a quien ha llenado de elogios por su capacidad para mantenerlo enganchado al asiento. Y es que no cabe duda de que ambos compatriotas muestran una enorme sintonía literaria, resumible en su don para facturar tramas adictivas y de alto voltaje, definidas por un ritmo trepidante, giros inesperados y finales sorprendentes.

Con una trayectoria en la que no han faltado grandes éxitos comerciales y premios de prestigio, Feuz se singulariza además por su condición previa como fiscal de Neuchatel, labor que le ha servido un profundo conocimiento de los entresijos de la ley, lo cual dota a su novela de una verosimilitud que la eleva por encima del mero entretenimiento. Por otro lado, su acercamiento brutal a la violencia en algunos pasajes recuerda al modo en que colegas como Pierre Lemaitre o Carmen Mola han apostado por descripciones que han puesto a prueba la fortaleza de los estómagos de sus lectores.

Dado que el escritor juega la carta de la sorpresa y los giros chocantes, es mejor no entrar en muchos detalles sobre el argumento, pero sí diremos que, tras un prólogo angustioso («En la espalda del hombre, las casillas blancas se alternaban con las rojas: era un tablero sanguinolento»).

to»), nos veremos arrastrados a tres situaciones/escenarios diferentes: los abusos escolares sufridos por un niño a mediados de los años 80, una pareja encerrada en una suerte de mazmorra y al albur de un psicópata, y una febril investigación policial para atrapar al remitente de unos paquetes macabros. Poco a poco todo irá trenzándose y se revelará los diferentes modos en que encajan las piezas de un rompecabezas diabólico y apasionante. El hecho de que la acción en el presente se concentre en unos pocos días, con el agravante de unas fechas navideñas que son sinónimo de frío intenso, dependencias policiales vacías y caos circulatorio, confieren al libro un gran nervio y dinamismo.

Como avanza su título, *El Filatelista* tiene como trasfondo la filatelia —en algunos pasajes Feuz le da un uso ciertamente estomagante a la afición— y

recurre al sistema postal como original medio en el que conseguir que hiervan la intriga y la acción. En un sentido más amplio, la novela supone una denuncia de los abusos del poderoso sobre el débil, tanto en el ámbito de la infancia como muy especialmente en las relaciones de pareja, donde la misoginia y el machismo suponen una lacra tan extendida. La corrupción y otras malas praxis de los cuerpos policiales también se colocan bajo la lupa.

Definida asimismo por una atormentada protagonista policía que rezuma carisma y por unos gélidos ambientes suizos que supondrán una novedad para la mayoría de los lectores, nos hallamos ante un thriller que aúna tradición y renovación, y que de la mano de su padrino Dicker ya ha alzado el vuelo internacional, con sus derechos vendidos a diversos países.

PERSONAJES PRINCIPALES

El Filatelista es una novela coral en la que se pone el foco en las gamas de grises que definen a cualquier persona, ni los garantes de la ley son de una pieza ni los que optan por hacer el Mal son monstruos porque sí. Combinación de vulnerabilidad y fortaleza, de determinación y decisiones erróneas, los personajes están muy bien perfilados psicológicamente, al tiempo que los saltos adelante y atrás en el tiempo permiten trazar un arco biográfico que explica en profundidad su naturaleza y sus actos.

X

Asesino de identidad misteriosa que está muy familiarizado con el mundo de la filatelia. Gusta de torturar a sus víctimas con un dermatoro, «una especie de pelador de verduras eléctrico que servía para retirar jirones de piel utilizada como injertos». Realiza un envío muy planeado y siniestro de paquetes postales a diferentes puntos de la geografía suiza, con la peculiaridad de que algunos sellos están fabricados con piel humana. El mensaje en uno de ellos, una frase de Aristóteles, servirá una pista intrigante: «El corazón es la sede de las emociones, las pasiones y la inteligencia». La policía se enfrentará a un enorme desafío de cara a entender sus motivaciones y de apresarlos.

ANA BARTOMEU

Inspectora de policía de la Brigada Criminal de Ginebra. El estrés y la mala alimentación le han provocado una insuficiencia cardíaca que requiere de una intervención urgente para desbloquearle las arterias. Su vida personal comenzó a descarrillar ya con 50 años, el día en que se enamoró perdidamente de Lucille, una compañera de Estupefacientes, brigada a la que antes estaba destinada. Por ella «lo dejó todo de un día para otro, marido e hijos, la vida familiar estable y tradicional que siempre había conocido». Cinco años después, Lucille está en paradero desconocido desde que asuntos internos empezara a investigar las irregularidades de la brigada y los hijos de Ana no quieren saber nada de ella. Entregada a la comida basura, displicente con sus compañeros de trabajo y con un gato llamado Lucifer como única compañía al volver a casa tras jornadas extenuantes, el caso del Filatelista la llevará al límite —que las inminentes Navidades hayan dejado corto de efectivos al cuerpo no ayudará—, pero también será una oportunidad de revindicar su valía profesional y luchar contra viejos fantasmas.

MICHEL SAUTTER

Mitch para los colegas, roza los cincuenta años y fue empleado de Correos durante muchos años antes de incorporarse a la Brigada Criminal de Ginebra. Ana lo considera un aliado clave en la investigación, pero está suspendido mientras se investiga su implicación en el caso Rosselet, donde unos episodios de violencia doméstica derivaron en el asesinato de una mujer por parte de su esposo, que luego se suicidó, tragedia que tuvo su colofón en una querrela interpuesta por el hijo del matrimonio contra el ministerio fiscal y la policía. Pese a actuar a espaldas de la ley, Ana decide reclutar a Mitch, a quien encuentra en su mugriento piso convertido en una ruina humana, entregado al alcohol y con un serio problema de falta de higiene. A esto se suma que su novia lo ha dejado y que arrastra un tremendo sentimiento de culpa al creer que no fue capaz de convencer al fiscal de enviar a prisión a un futuro asesino. Muchos obstáculos que superar, pero su dilatada experiencia en Correos y el hecho de que «desde luego, estás lo bastante loco como para razonar como nuestro asesino», según Ana, resultarán cruciales.

SAM

Un niño de diez años que vive con su abuela en una granja del municipio de Lancy, a orillas del Ródano, porque su madre falleció y su padre, inspector de la policía cantonal, no tiene tiempo para ocuparse de él. Odia ir a la escuela

Les Tattes porque ahí lo llaman «El Paletto» y lo humillan sin cesar. Los olores de la finca agrícola, el sobrepeso y la ropa raída y llena de manchas no le ayudan precisamente a integrarse. Su mayor refugio es su pasión por los sellos de correos, aunque también es aficionado a la informática y los videojuegos, descubrimientos de su único amigo en clase, Toni. Sylvain, el líder de unos matones de la escuela y para colmo novio de la chica de la que está enamorado, se la tiene jurada.

YVES MORIN Y VERONIKA DABROWSKA

Yves es el compañero de Ana en la Brigada Criminal, el cual le merece toda la confianza del mundo. Actualmente se encuentra de vacaciones y no hay forma de contactar con él, pese a que el caso del Filatelista requiere de todos los recursos humanos posibles. Se trata de un soltero empedernido y mujeriego incorregible, «el chaval granujiento de su juventud, al que las chicas evitaban, habían desaparecido sin dejar rastro. Hoy era todo lo contrario». Simultanea varias relaciones sentimentales (en ciudades y en provincias) y precisamente ha acudido en auxilio de una de sus múltiples amantes. Se trata de Veronika Dubrowska, gestora de una biblioteca pública de Lausana, la cual asegura ser víctima de un acosador al que ha conocido a través de un portal de citas. Después de poner fin a su relación virtual y de que él se negara a verse en persona, está convencida de que la vigila y tiene la intención de hacerle daño. Morin trazará un plan para obligar al individuo que Veronika defiende ser un perverso narcisista a salir de su escondrijo y darle caza.

AMBIENTACIÓN

Poco familiarizado con Suiza como escenario *noir*, el lector español tendrá una verdadera experiencia inmersiva ya que la trama de *El Filatelista* abarca muy variados escenarios de su geografía. La particularidad de que el envío de numerosos paquetes estructure de algún modo la historia implica que la acción se vaya trasladando de forma constante. Tal y como le dice Mitch a la protagonista en un momento de la novela: «Es un juego de pistas, Annie, está más claro que el agua. El asesino os lleva de aquí para allá».

El marco genérico es la Suiza romanda, que es la parte francófona del país, abarcando los cantones de Ginebra, Vaud, Neuchâtel y Jura, y Nicolas Feuz tanto nos transporta a la gran ciudad —a Ginebra y Lausana, principalmente— como a municipios de escala media y pueblecitos. Pero ya hablemos de urbes superpobladas o de rincones campestres desangelados, ambos están unidos por una climatología adversa y la inminencia de unas fechas navideñas que alteran su fisionomía y funcionamiento habituales. Nieve omnipresente, esce-

narios fantasmagóricos, la asfixia de la soledad y los problemas de circulación son algunos de los recursos con los que trabaja el autor, igual que el contraste entre los grandes espacios abiertos y la opresión de aquellos que pueden causar claustrofobia (mazmorra) o agorafobia (naves industriales de procesamiento de correo).

«Como era de esperar, el puente de Le Mont-Blanc estaba abarrotado. En las horas punta, en Ginebra había los mismos atascos que en París, solo que aquello era Suiza, país del respeto y la discreción, al que, como era sabido, los famosos acudían a recargar las pilas; no los abordaban en la calle, los dejaban en paz. Y en las calzadas, ídem de ídem: ni adelantos extemporáneos ni bocinazos. Los embotellamientos ginebrinos eran tan famosos como los lioneses, pero no tenían el mismo encanto. La gente esperaba sin impacientarse demasiado. Formaba parte de lo cotidiano».

«Salieron de Orbe, tomaron la autopista y volvieron a pasar frente a los EPO. Cubiertos de nieve, los edificios y los muros exteriores de la prisión se mimetizaban con el resto de la planicie: inmensas extensiones agrícolas hasta donde alcanzaba la vista. En la mente de Vero, encierro y libertad se codeaban, un poco como los gulags perdidos en medio de la tundra siberiana. En la intersección de Essert-Pittet tomaron la dirección de Yverdon. Un largo puente vial en obras atravesaba el campo al oeste de la ciudad. A la derecha, los decrepitos edificios se fundían con el gris del cielo.

Grandson, Champagne, Onnens, Concise... Las últimas localidades del cantón de Vaud desfilaron en el paisaje invernal. A la derecha, las rachas de viento levantaban rocián en el lago de Neuchâtel, cuyos múltiples tonos oscilaban entre el verde y el gris. Las luces de tormenta estaban encendidas, aunque no había ni un solo barco.

(...)

Luego, venían quince kilómetros de carretera cantonal, jalonada también por obras: velocidad reducida, numerosos radares y adelantamiento prohibido. De todas formas, las condiciones invernales no lo permitían. Atravesaron localidades de nombres con resonancias germánicas que recordaban los pueblos fantasmales de los viejos wésterns, con sus habitantes refugiados en casa debido al frío. Luego, la ciudad de Bienne, también desierta, con sus bares y tiendas alternativos, santuarios del tráfico de heroína y cocaína, según algunos.

A continuación, tomaron la Transjurane en dirección al Jura y Francia. La autopista serpenteaba a través de valles que Morin encontraba tristes y anclados en el pasado. Un ginebrino de viaje por el Jura experimentaba, poco más o menos, lo que un parisino de paso por el Berry: la desubicación del urbanita que llega a una campiña remota. A Morin no le cabía en la cabeza que ahí se pudiera vivir bien, mientras que para los nativos de la región Ginebra era sinónimo de pesadilla: demasiado ruido, estrés y contaminación. De hecho, allí la nieve era más abundante y más blanca, pero también menos opresiva que en las grandes ciudades».

CORREOS

Uno de los elementos que confieren mayor personalidad a la novela es el peso de la filatelia en la confección del perfil y modus operandi del misterioso asesino. Derivado de ello es que el ámbito de correos —y, más específicamente, las grandes centrales de recogida, procesamiento y distribución de cartas y paquetes— deviene un escenario muy sugerente —inquietante, intimidatorio—, del que también se aprovechan sus posibilidades para los pasajes de acción.

«En el inmenso almacén, tan grande como cuatro campos de fútbol, la ca-

dena de clasificación, que medía más de dos kilómetros, daba vueltas y zigzagueaba con un ruido sordo y continuo para canalizar una media de doscientos mil paquetes diarios, o incluso más en ese periodo de finales de año. Las correderas, los transportadores de rodillo, las cadenas de bandejas y las cintas transportadoras provistas de escáneres, células de lectura automática de direcciones y cambios de agujas formaban una maraña de vías y cruzamientos que no tenía nada que envidiar al centro de clasificación de equipajes de un aeropuerto internacional. Como para marear a cualquiera».

«Maxime Dutoit corría como una liebre por la nave, con Mitch pisándole los talones. La distancia aumentaba por momentos, debido sobre todo a la diferencia de edad. Sin embargo, ver al chico había dado nuevos bríos al policía, que corría como si tuviera veinte años.

Dutoit saltó por encima de una cinta transportadora. Mitch lo imitó. Aterrizaron en el pasillo central, que recorría la gran nave en sentido transversal: doscientos noventa metros. Dutoit chocó con una jaula y no se cayó de milagro. Un empleado le gritó que tuviera más cuidado.

Mitch ganaba terreno. Vio que el chico torcía hacia un lado y se subía a la cadena de clasificación. La cinta ascendía hasta una altura de varios metros por encima del suelo, hacia un dédalo de pasarelas metálicas. Mitch conocía el lugar

y tomó un atajo: una escalera reservada a mantenimiento. Mientras subía los peldaños de tres en tres, procuraba no perder de vista a su objetivo. Dutoit corría por la cinta ascendente volcando paquetes a su paso.

De pronto, la cadena de clasificación se detuvo, debido a la intervención humana o a algún sistema automático de seguridad. Dutoit estuvo a punto de perder el equilibrio. El ruido de la maquinaria había cesado, y ahora en la gran nave se oían exclamaciones de sorpresa o indignación. Los empleados se preguntaban qué pasaba.

Dutoit saltó de la cinta, aterrizó en una pasarela y reemprendió la huida. De vez en cuando, tenía que agacharse para evitar un paquete de la cadena y seguir avanzando. Mitch lo imitaba».

OTROS EXTRACTOS

Sus gritos habían cesado; respiraba con pesadez. Los jadeos resonaban entre las paredes de piedra del viejo sótano. En el techo, un fluorescente en las últimas crepitaba, iluminando débil e intermitentemente el suelo de fría y húmeda gravilla. Alrededor, envueltas en la penumbra, viejas máquinas de imprenta en desuso se oxidaban desde hacía años. Su propietario no había tenido ánimos para mandarlas a la chatarrería.

Una corriente de aire gélido atravesó la sala; el hombre se estremeció de pies a cabeza. Estaba totalmente desnudo, atado al estilo *shibari* alrededor de un potro de gimnasia. Con el torso aplastado contra el cuero y las piernas y los brazos atados a las cuatro patas metálicas, indefenso ante cualquier vejación, temblaba como una hoja. Pero el frío era una libe-

ración, anestesiaba el dolor. Su torturador no le había ahorrado nada.

—¿Por qué haces esto? —murmuró el hombre con dificultad babeando sangre entre jadeo y jadeo.

—Lo hago por ella.

La gestión del estrés no era el fuerte de Ana, ya se lo habían dicho su médico y, más tarde, el cardiólogo: si no volvía a coger las riendas de su vida rápidamente, si no perdía peso, si no hacía un poco de ejercicio, aunque no fuera más que un breve paseo diario, si no descansaba, le daban pocas posibilidades de vivir hasta la jubilación. De todas formas, Ana no conseguía proyectarse tan lejos. ¿Para qué? ¿Para acabar su vida completamente sola? ¿Y que un día encontraran su cadáver descompuesto en su piso, semanas

después de su fallecimiento, porque nadie la había echado de menos y lo único que había alertado a los vecinos había sido el hedor? Esa vida no tenía ningún sentido.

«Sí, doctor, muy bien, doctor», respondía siempre. Pasado mañana iría al hospital, ¡claro que sí! Le desobstruirían la arteria, le colocarían un nuevo stent y le darían el alta esa misma tarde. Y, a continuación, se lanzaría sobre una bolsa de patatas fritas y se la comería delante de la tele, acariciando a Lucifer. La vida seguiría su curso hasta la próxima alerta cardiaca. Y, como siempre, esperaba que esa vez fuera la buena.

—Los tejidos presentan todas las características de una congelación seguida de una descongelación. Probablemente, eso explica que la sangre no goteara del paquete hasta que estuvo en las dependencias caldeadas de la oficina de Balexert. —El forense cogió un escalpelo y una pinza de depilar, levantó el órgano y señaló las dos porciones del tubo digestivo seccionadas en cada extremo—. Esto es el esófago, y esto, el duodeno. Los separan veinticinco centímetros; así pues, estamos ante el estómago de un hombre adulto.

A continuación, apartó los bordes de una larga incisión practicada durante la autopsia para dejar al descubierto el contenido del estómago. Los restos de una papilla negruzca y maloliente hirieron el olfato de los dos policías, que también vieron un poco de sangre y, en medio, una especie de gruesa larva sucia, indefinible.

—La muerte, la ablación del estómago y la congelación del órgano debieron de producirse muy poco después de la

última «comida» de la víctima, lo que impidió que los jugos gástricos realizaran la digestión.

—¿Y esa cosa? —preguntó Ana señalando la gran larva.

—Esa cosa, como la llama usted, es la sorpresa. Fue ingerida, sin masticar, por el dueño de este estómago. Indica que en este caso no hay una sola víctima, sino quizá tres. Es un feto humano.

—Y también vivimos en un mundo en el que hay que encontrar absolutamente siempre un culpable para todo. Una americanización del sistema. Hoy se ataca a los polis y los fiscales porque decidieron no detener a alguien. ¿Y mañana? Se hará lo mismo con los psiquiatras que no supieron detectar la peligrosidad de un sospechoso. Hace treinta años, los médicos tenían la obligación de alcanzar una media, no un resultado. Hoy se tiende cada vez más a exigir resultados sobre todo a los cirujanos. La gente ya no acepta la fatalidad. Detrás de cualquier catástrofe, hay que encontrar a un culpable. Se celebran juicios por cualquier cosa. Mira, este el último caso que recuerdo: esa trágica historia del niño francés que se ahogó con una salchicha. Los padres, cuyo dolor es, desde luego, muy comprensible, intentaron llevar a juicio al fabricante de las salchichas, porque en el envase no ponía cómo había que cortarlas. Te lo pregunto muy en serio: ¿adónde iremos a parar? Nuestra sociedad se vuelve cada vez más ridícula. La verdad, creo que ya va siendo hora de que coja la jubilación.

Mitch sonrió.

—No tardes demasiado —dijo.

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *El Filatelista* ha tenido en Joël Dicker a su editor y principal valedor. ¿Qué afinidades encontraréis entre las obras de ambos escritores que explicarían el entusiasmo del autor de *La verdad sobre el caso Harry Quebert*?
2. A *El Filatelista* también le podemos encontrar concomitancias con la obra de Carmen Mola y algunas novelas policíacas de Pierre Lemaitre. Señalad algunas de ellas.
3. Siguiendo con los paralelismos, ¿diríais, sin embargo, que en términos generales la novela está más cerca de las señas de identidad del *noir* nórdico que del mediterráneo?
4. Valorad de qué modo el mundo de la filatelia y el ambiente de Correos singularizan la novela y también cómo condicionan su planteamiento y evolución.
5. Ana Bartomeu entronca con el modelo clásico del policía hundido emocionalmente pero que encuentra en su trabajo un impulso vital. De todos modos, ¿cómo consigue su creador revestirla de elementos que la particularizan?
6. ¿Cómo diríais que el autor va enmascarando la identidad del asesino para que su revelación nos cause tanta sorpresa?
7. A través de las historias personales de Sam, Ana y el matrimonio Rosselet, el escritor dibuja un panorama muy turbio de la institución familiar. Pese a ser casos muy diferentes, ¿encontráis algunos hilos que los comuniquen o algún mensaje encubierto que los hermanen?

8. ¿Por qué creéis que Feuz pone tanto énfasis en los abusos cometidos por la Brigada de Estupefacientes, lo que proyecta ciertas sombras sobre la integridad de la labor policial en su conjunto?
9. La acción se concentra en unos pocos días, marcados además por las fechas navideñas. ¿Cómo condiciona este marco temporal y ambiental el desarrollo del libro?
10. Nicolas Feuz recurre a un montaje en paralelo —la pareja encerrada en un sótano, las andanzas de Ana y Mitch, la infancia de Sam—, ¿qué consigue de este modo en términos de ritmo y desarrollo de la trama en general?
11. Valorad el empleo repetido de la figura del *cliffhanger* al final de diversos capítulos. ¿Con qué otras ficciones de entretenimiento conecta a la novela?
12. La Suiza romanda tiene un marcado protagonismo en *El Filatelista*, abarcando desde la gran ciudad a pequeños municipios, y con el frío y la nieve como perenne trasfondo. ¿Qué impresiones os han provocado estos escenarios y condiciones climatológicas? ¿Cómo dialogan con los demonios que atenazan a los personajes?
13. Debatid acerca del uso del espacio que lleva a cabo el escritor, más específicamente sobre el contraste entre escenarios proclives a la claustrofobia y la agorafobia.
14. Debatid acerca del uso de una violencia extrema y de la inclusión de pasajes muy crudos en determinados momentos de la historia. ¿Son coherentes con la traumática historia personal del villano? ¿Qué efectos os producen como lectores?
15. A partir de los dos epílogos de la novela, elucubrad hacia dónde podría encaminarse una hipotética continuación.

EL AUTOR



NICOLAS FEUZ (Neuchâtel, Suiza, 1971) ejerce como fiscal del cantón de Neuchâtel, además de ser autor de diecisiete novelas policíacas, que lo han convertido en un autor de género de los más vendidos en su país natal. En 2010 comenzó a escribir thrillers que se autopublicaba, varios de ellos protagonizados por un fiscal llamado Jensen. En 2018 lo fichan las

editoriales Slatkine y Livre de Poche. Ha sido dos veces ganador del Premio al Mejor Thriller del Salón del Libro de París, en 2015 y en 2018, y en 2022 mereció el Prix de l'Évêché por su obra *Heresix*. *El Filatelist*a (Alfaguara, 2025) es la primera novela que publica en Suiza bajo el sello de Joël Dicker como editor y la primera en aparecer en España.

LA CRÍTICA HA DICHO

«Nicolas Feuz es uno de los mejores autores de thriller del momento. Tiene un estilo único y una capacidad para hacernos descubrir Suiza a través de la intriga. Me he quedado inmediatamente atrapado en esta novela, su mejor libro hasta la fecha».

Jöel Dicker

«Con una trama bien elaborada, unos personajes memorables y un escenario cautivador, la novela es una lectura obligada para los aficionados del género».

Epic Magazine

«Una Suiza muy poco bucólica y atravesada por una oleada de terror».

Ansa

«*El Filatelist*a es el primer thriller publicado por la editorial de un tal Joël Dicker. Y ha sido Dicker quien ha ido a buscar a Feuz, no al revés».

*Le Journal du Jour*a

«Un misterio sórdido, meticulosamente planeado, con una escritura afilada, incisiva y adictiva, y un final inesperado y controvertido. Un thriller oscuro, muy bien construido, con ritmo, pistas falsas y un buen tratamiento de la psicología de los distintos protagonistas. Un auténtico hallazgo».

Les petites lectures de Scarlett

